

da por la Federación Socialista, ha emprendido un periódico semanal de doctrinas, *La Lucha de Clases*, en el cual lo hace todo, desde el editorial hasta las fajas para los abonados. Para pagar el impresor, a menudo hay que recurrir a las escasas liras del presupuesto hogareño. Doña Raquel no protesta. No se comprará ropa este mes y eso será todo. En resumen, el traje que viste—el único que tiene—podrá durar algunos meses más.

No son esas frivolidades lo que la inquieta, sino el humor de su marido. Benito se va haciendo más taciturno cada vez. Ha perdido su risa, su hermosa confianza. Duda de todo ahora, más que nada de sí mismo. Sus compañeros de lucha en las filas socialistas le parecen mediocres y débiles. Los llama los *lame-botas* o los *tallarines*.

Doña Raquel tiene casi terror cuando lo ve llegar por las noches con el sombrero sobre los ojos y los dientes apretados.

Benito exclama con verdadera desesperación: —¡Raquel, Raquel, todo está perdido! No haremos nunca la revolución.

La valerosa mujercita lo desarma quitándole los zapatos.

—Pero sí, tú la harás. Sólo que te impacientas, Benito. Quieres recoger la cosecha apenas has terminado la siembra. ¿Crees que sea razonable?